

EDITORIAL



Si la historia del mundo ha sido medida a veces al compás de la evolución de la cultura, no puede admitirse que el destino de un pueblo sea indiferente a ésta. Toda nación tiene un índice de afanes, de inquietudes y de pasiones. No hay pueblo, por desdichada

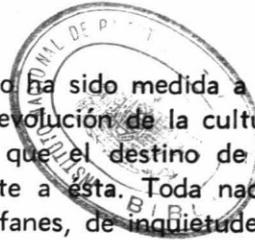
que sea su trayectoria histórica, que no cuente con un mínimo de impulsos vitales para afirmarse y para vivir. Y es que, en último término, toda existencia política es un proceso de afirmación.

Un Estado que no quiera dejar de serlo tiene, en efecto, que afirmar una definida personalidad histórica a través del tiempo y contra los embates con que todo lo exterior a él tiende a despersonalizarlo.

Cuando se habla de la crisis del estado liberal no se define un auténtico fenómeno de la Historia. Esa crisis es el momento más próximo a nosotros de un lento proceso de desfiguración política que se inicia bajo la influencia del racionalismo.

Cada una de las monarquías imperiales de la Europa medieval fué un Estado fuerte porque sólo se cuidaba de mantener su íntima fisonomía propia. Las dificultades del intercambio físico y moral entre los pueblos, acaso contribuyeran a esta elaboración autóctona de la historia de cada uno. El siglo XVIII, por el contrario, tiene en su favor un instrumento poderoso con que romper aquellas tradicionales situaciones de aislamiento consciente: la imprenta. Hay un furor libresco en los años iniciales del racionalismo. Y de la enfermiza pasión doctrinarista, el libro fué el vehículo más poderoso.

Que la crisis de la concepción autoritaria del estado medieval responde a un fenómeno de desfiguración, nos la da el he-



cho de que la primera obra que habría de revolucionar el pensamiento político imperante, fuese precisamente la que un francés escribiera influido por el ejemplo de un sistema extranjero. Montesquieu escribe su "Espíritu de las leyes" deslumbrado por la táctica política de Inglaterra, y sin duda deseando para su país el estilo y los modos que él descubrió en aquel viejo Estado insular. Todo es ya desde entonces, en los dominios del pensamiento europeo, un contagio intelectual, de raíz esencialmente imitativa. Así, Rousseau tuvo la gran visión—con fines de ambicioso proselitismo—de convertir en polémica lo que en Montesquieu era solamente doctrina. Del autor del "Contrato social", el falso intelectualismo decadente del resto de Europa no tardó en copiar su fuerte tesis contradictoria. España creyó también "europeizarse" adhiriéndose a este cortejo de prosélitos rusonianos. De entonces precisamente, arranca la primera fase de un estado político en trance de irremediable desfiguración.

No basta decir ahora que el mundo ha entrado en la fase de crisis del estado liberal. Se trata, sencillamente, de una nueva perspectiva de la "crisis del Estado". Porque los pueblos siguen cambiando de figura y buscando desoladoramente una panacea política que les venga del exterior.

La razón de esta decadencia es, sin duda, el derrumbamiento de la autonomía del Estado. Pero no en el concepto que a esta palabra daban los falsos juristas que introdujeron de contrabando, en el pensamiento español, la idea del "Estado de Derecho". La autonomía política de un pueblo se encuentra, efectivamente, en ruinas, cuando éste no tiene una propia e independiente personalidad cultural.

Por eso, para nosotros, la "crisis del Estado" no es la crisis del sentido nacional del Estado mismo, sino la crisis de la Cultura. Porque cuando un pueblo tiene—y sólo se tiene con justicia lo que con el sacrificio propio se ha creado—una Cultura propia, autónoma, vigorosa y sustantiva, no hay temor de que su trayectoria política pueda desnacionalizarse.

Hay una configuración espiritual peculiar de cada unidad política. Aquélla encuentra su expresión en las diversas manifestaciones de la Cultura.

Un pueblo que tiene un pensamiento hace la Historia. Los pueblos que sólo se alimentan de pensamientos ajenos ni hacen la Historia ni la viven. Todo lo más, la llegan a vegetar.

España ha vivido una existencia política puramente vegetativa. Asimiló la tesis estatal rusioniana y la económica de Schmidt. Desorganizado el estado medieval, organizó un estado político con criterios de importación que fueron para nosotros inadaptables. Se decía que el pueblo no tenía educación política porque no se amoldaba a unas normas que le llegaron del otro lado de sus fronteras, con un estilo insólito y extravagante. Mas, detrás de todo, la realidad única es que había fallado el verdadero resorte que mueve, impulsa y dignifica a los pueblos: el estímulo de "su" Cultura.

Tuvo el siglo XVIII la triste virtud de iniciar la decadencia del pensamiento nacional. Sólo figuras señeras excepcionales en la confusa marejada de nuestra historia científica, supieron —como Menéndez y Pelayo— dar la voz de alarma de nuestra decadencia. Pero estas voces fueron cual las de la evocación evangélica del profeta en su patria propia.

Sólo ahora España se ha dado cuenta de la necesidad de rehacer su verdadera tradición cultural. Pero sigue todavía latente la confusión ideológica. Hay todavía ciegos que reclaman una definición política de esta nueva trayectoria española. A éstos hay que hacerles comprender, implacablemente, que lo que España necesita es recobrar su estilo histórico, y que ello sólo puede lograrse si antes no crea o re-crea su cultura propia.

Porque la trayectoria de una nación no depende de sus dogmas estatales, sino del pensamiento inmanente que la anima y vivifica. España dejó adormecer en aguas de remansos estériles la corriente fecunda de ese pensamiento interior. Conmover hasta su raíz el alma de los españoles, dando un sentido ideal y una misión trascendente al afán cotidiano, es infundir calor de vida en un ámbito vital que parecía yerto.

Promover ardorosamente el renacimiento de la auténtica Cultura española es, por eso, salvar nuestra obra del juicio implacable de los siglos.